

San José, Costa Rica, 1.º de Abril de 1894

Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

N.º 2

CONTENIDO

I. Frafrú—II, Adelfas— III, Ne-
crología—IV, Go ahead (brindis)
—V, Flor silvestre—VI, Margot
—VII, Crónica

Director,

A. Luján

Tip. Nacional.



Frufrú

(A LUIS CASTRO JUREÑA)

Era toda una linda chiquilla, á pesar de su cuerpo delgaducho. Cuando yo la conocí, llevaba la cabeza pelada al rape, á causa de una fiebre, lo que daba á su fisonomía cierta gracia picaresca de pilluelo; se la hubiera confundido con un estudiante disfrazado de mujer, si sus grandes ojos azules, que fulguraban ardientes bajo el arco de oro pálido de sus cejas, si su boca pequeñita, fresca y gruesa, si su voz y el contoneo de su cuerpo gentil no pregonaran la magia, la sal, la invencible é inimitable femineidad, el *quid divinum* de la mujer: la gracia.

Lo que más me cautivaba era su boca, boca de tentación, animada siempre por un mohín malicioso, un poco salida como en eterna espera de un beso.

Te aseguro que era verdaderamente linda; y Arturo al decir eso, se relamía los labios, como quien paladea un manjar exquisito ó cata un buen vino. Nada, hijo—agregó,—que la chiquilla me puso loco desde que le eché el ojo encima.

Hubo reciprocidad.—Al principio sucedió lo de siempre, el proceso natural de esas pasiones de muchachos: miradas, plantones de esquina, una palabra cruzada al vuelo, cambio de flores y pañuelos, y después cartas, cartas volcánicas, incendiarias.

Domingo, antiguo criado de la casa, nos servía de Mercurio. Cada vez que veía asomar su ancha cara honradota y encuadrada en unas pobladas patillas grises y ásperas, me daba un vuelco el corazón.

Traducía, no sin trabajo, la carta llena de puerilidades, de lirismos románticos, y salpicada de los puses y mases que son como la salsa inevitable de las epístolas femeninas.

Comenzaba entonces á cometer mis primeros versos; pero qué versos! : verdaderas letanías de fuego. Poesía de relumbrón en que la llamaba diosa, hada, nereida, estrella y qué sé yo.

Antes de continuar el relato debo advertirte que la heroína se llamaba Berta y era hija única de un riquísimo matrimonio burgués.

Sucedió que en una de tantas, como era natural, fué á dar á manos del padre una de mis cartas con su aditamento poético. Por el momento se enfureció, habló de despedir á Domingo y de volver y tornar; pero reflexionando en calma y después de una larga conferencia con su esposa, resolvieron seguir la broma á la chiquilla, no viendo en nuestros amores más que un juego sin consecuencias. Casi me vuelvo loco el día en que recibí la carta de mi Berta en que me anunciaba que su padre consentía en que visitase la casa los domingos. La noticia contaminó de mi entusiasmo á todos los compañeros, y de común acuerdo decidieron votar un empréstito extraordinario y á escote para comprarme un vestido adecuado al importante papel de novio oficial de una niña rica. Toda la semana se pasó en preparativos. Alguno propuso que fabricásemos frases especiales para responder á las preguntas probables del futuro suegro, y hasta hubo quien me aconsejara que las pusiera en verso.

Llegó por fin el suspirado domingo. Con el alba abandonamos nuestros pobres y duros catres de estudiantes, y al baño. Todos pusieron mano en mi cuerpo, quién con la esponja, cuál con el jabón, el de allá echándome agua, y todos atentos á que no me quedara sobre la piel ni un átomo de polvo.

Después siguió una escena curiosa. Todos me brindaban la mejor de sus prendas íntimas. Yo resumía el orgullo del colegio, era el portaestan-

darte de sus vanidades; mi derrota les habría abrumado como un mal común. Todos me acompañaron hasta cerca del palacio.

¡Cómo me latía el corazón cuando pisé la primera grada de aquella regia escalera! Temblaba como si al final de ella me esperara la guillotina. Ya en la puerta del salón, encontré al viejo Domingo, cuya cara amiga me tranquilizó un poco; pero cuando levantó el portier empujándome suavemente y oí que me anunciaba con el pomposo título: de *el novio de la Señorita*, volvió á apoderarse de todo mi ser un miedo cervical.

En el fondo del salón estaban los padres; Berta sentada al piano; y un falderillo finísimo, tendido sobre una blanca y rica alfombra, completaba el cuadro. Avancé unos pasos y me detuve cortado sin atreverme á seguir. El padre, que quería sin duda explotar bien la nota cómica de mi situación, se levantó ceremoniosamente como si recibiera la visita de un príncipe, y haciéndome mil cortesías me dijo: "Pase adelante, caballero; bien venido sea el poeta"; y ahuecaba la voz enfáticamente. Berta interrumpió su vals, y resuelta vino hacia mí algo colorada, y como yo, poseída de un frío intenso. Me brindaron asiento entre los padres, y Berta se colocó al frente.

En vano llamaba en mi auxilio la memoria: nada; no acudía ninguna de las lindas frases meditadas. Mi turbación regocijaba al padre que reía con risa burlona, desbordada. La madre, más humana, acabó al fin por apiadarse, y comenzó á hacerme preguntas sobre el nombre de mis padres, el lugar de mi nacimiento, etc. Poco á poco volví en mí, recobré mi audacia, y con entusiasmo y calor hablé de mi porvenir, aproveché la primera ocasión que se presentó para mostrar mis certificados de buena conducta, de aplicación, religiosidad y hasta de aseo, y acabé por alardear de la caballerosidad de mis intentos, de las miras honestas que respecto á la niña abrigaba. Sería abogado dentro de seis años, haría dinero en uno más y me casaría después. Los padres parecían

creerme todo lo que les decía, y acabaron por dejarnos solos, marchándose á pagar sus visitas.

Berta me enseñó entonces su casa, un verdadero palacio, atestado de cuadros y muebles riquísimos. Lo que más me sorprendió fué su cuarto de costura, primorosamente alhajado con mil fruslerías vistosas, y su alcoba decorada de blanco, alfombra, cortinajes, todo, hasta el lavabo de mármol blanco, que parecía un altar consagrado á su pureza de virgencita casta.

Poco á poco, los viejos me pusieron cariño; el padre por interpósitas manos, las de un pariente mío muy cercano, puso en las mías un par de vestidos cabales, desde sombrero hasta zapatos. Además de esto, Berta me regaló un relojillo de oro con mis iniciales. Así pasamos alegremente unos cuantos meses, entre la satisfacción de habernos visto y el deseo de volvernos á ver.

Vino Mayo, trayéndome entre sus flores una horrible amargura. Berta cumplía años el doce de ese mes y había sido prevenido por ella misma. ¿Qué le obsequiaría? Dios mío, qué congoja!

Domingo llegaba todas las semanas unas dos veces al Colegio, portando regalitos de Berta: á veces dulces ó pastelillos y llevaba en retorno algún ramillete de violetas ó de rosas de nuestro jardín. A veces no podía enviarla ni aún eso, pues la piadosa señora del Director, despoblaba materialmente el jardín para ofrendar á sus santos. En esos casos, el buen viejo, que quería sobre todas las cosas á la linda chiquilla, único afecto florecido en su alma estéril de solterón, me representaba, comprando él mismo ramilletes sencillos que le ofrecía en mi nombre.

En la semana del cumpleaños de ella, vino y me encontró triste. Tras algunas preguntas le confesé mi pena.—No tengo nada que ofrecerle—le dije—y esto me abruma, no quiero recurrir al medio vulgar de las flores, que es el *quedar bien* de todos, ni á los versos, quisiera darle algo original y que estuviera al alcance de mis recursos.

—Tengo una idea,—me contestó Domingo—acabo

de ver en el Mercado un venadito primoroso, por el que piden cinco pesos, es una preciosidad, una monada.—Me entusiasmé al pronto, pero en seguida volví á mi melancolía pensando en la enormidad de la cifra: ¡cinco pesos! ¡cinco pesos! y me paseaba como un hombre desesperado. Domingo, comprendió lo que sucedía y sin decirme nada desapareció de mi cuarto. Una hora después hizo su entrada triunfal en el Colegio. Traía entre sus brazos el inquieto y asustadizo animalito.—Ahí, lo tiene U., me lo pagará poco á poco, como pueda. Berta se alegrará mucho, he encargado un collarillo de charol con un cascabel de plata: quedará lindo. Será sin duda entre todos los regalos el predilecto de ella.—Y el pobre hombre en la ingenuidad de su alegría, se frotaba las manos con delicia. Protesté contra un gasto que no podía cubrir, pero cedí al fin á su lógica cariñosa.—No lo hago por V., no; por Berta, á quien quiero como á mi hija; además, V. me pagará cuando sea abogado; ya sabré yo cobrarme con intereses. Lo abracé fraternalmente, como á un buen amigo.

El sábado, el 12 llegó mi humilde y rara ofrenda. El padre entusiasmado por la alegría intensa de su hija, tuvo la atención de escribir al Director, solicitando licencia para mí, que me fué otorgada. La casa estaba llena de chiquillos y chiquillas ricas, lindamente ataviadas. Había lo que en todas las fiestas de muchachos: risas, algazara, entusiasmo. Al principio se me miró por encima del hombro, pero abandonaron la hostilidad, al verme del brazo de Berta; protegido, mimado, escudado por ella. Acabé de conquistar la general estimación con unos versos leídos en el comedor, entre las copas de vinos dulces y las frutas azucaradas. El idilio siguió, un año, y otro y otro Arturo interrumpió su relato, apuramos otra copa y fumándonos un cigarrillo, mientras él, envuelto en la nube azul del humo, sacudía la cabeza como alejando un pensamiento triste. Recobró al fin su habitual aspecto bonachón y alegre de bohemio incorregible y siguió el cuento.

Luego? Ella se fué á Europa con sus padres. Yo iba de tarde en tarde á su casa; hablaba con Domingo, veía á mi pobre Frufrú, que crecía cada vez más y de cuando en cuando contestaba alguna de sus escasas cartas todavía apasionadas y llenas de noticias sobre París. Me dormía entonces soñando con el Arco del Triunfo, con la Magdalena, entreveía las severas torres de *Nuestra Señora* el hormiguar de los bulevares y el desfile regio del bosque de Boulogne; todo lo que ella me pintaba en sus cartas.

Qué día el de su regreso! ¡Estaba loco! El tren llegaría á las cuatro y yo me planté en la estación desde las nueve. Me paseaba, iba, venía, suspiraba, los minutos se alargaban, eternos. La quería adivinar, y se me presentaba en mil diversas formas: gorda, delgada, más blanca, más alta, que sé yó! pero siempre linda.

Llegó el tren. Se me salía materialmente el corazón del pecho. Me acerqué á un carro, no, no era allí, corrí hacia otro, la silueta del suegro me indicó su paradero. Me abalancé, allí estaba enrojecida por la emoción, divina con su traje francés, con su sombrero de anchas alas y su amplio velo iris. Qué cambio, Dios mío! el capullo convertido en mariposa, la chiquilla hecha mujer. Aquel cuerpo flacucho redondeado ya, prominente el seno, la cadera desarrollada, en fin, el sexo definido, y qué garbo, qué chic, qué elegante distinción. París la había contagiado. El Sena lavó su cursilería de criolla americana, y la ungió con el óleo de su gracia inimitable, dándole ese no sé qué, esa puerilidad que constituye el alma de su avasallador dominio, el sello de su *esprit*.

Los primeros días todo marchó muy bien, como antes, después.....después se presentó un joven rico, algo mentecato, pero todo un gran partido.

Quiero abreviar porque estos detalles me martirizan. Un día, fuí plantado en mitad de la calle.

Berta protestaba, pero todos se confabularon contra mí y acabó por ceder.

El día de sus bodas, lloré, lloré mucho y escon-

dido en el hueco de una puerta presencié el lujoso desfile de la concurrencia. Estaba pálida y linda, perdida entre la gasa vaporosa de su traje de novia, radiante bajo el nimbo albo de su corona de azahares, que resaltaba entre el oro suave de sus blondos cabellos artísticamente arreglados.

Me sublevó, eso sí, la cara apoplética del viejo, que parecía pregonar con su aspecto risueño, la alegría vil de su buen negocio.

Arturo volvió á interrumpirse, su voz estaba como embargada por los sollozos y sus ojos chispeaban con el fulgor siniestro del odio.

Sigue,—le dije,—sigue.

El cortejo llegó por fin al palacio. Ya puedes imaginarte cómo estaría la casa. El salón atestado de gente; apretones de mano; cumplimientos de oficio; después el anuncio de la comida el sacramental: *Madame est servie.*

Luego, es de suponerse, el concierto alegre de las copas que chocan, el ruido del servicio, la conversación general regocijada, suspendida por segundos entre bocado y bocado, y el vino corriendo, corriendo como un río de fuego, coloreando mejillas, desatando lenguas, encendiendo ojos, alentando ánimos. Después de una serie de platos exquisitos, siguió un *filet* de *venaison* sabrosísimo: todos pidieron repetición y en un momento dió aquel centenar de personas buena cuenta del famoso plato.

El novio, medio achispado, no se preocupaba de la comida por atender á Berta, que estaba pálida, triste, contrariada.

De pronto, la sorprendió el rumor de unas risas y puso oído atento. Si, decía uno de sus primos, nos acabamos de comer el venado del *poeta*, el famoso *Frufrú*. Berta se estremeció. Su esposo lo había oído también, y picado por la cólera que á las claras manifestaba su mujer, apuró un vaso de vino, el número once, y para mortificarla en público, comenzó á pedir que le trajeran su parte de venado, el venado de mi rival, decía riéndose estúpidamente: “yo quiero de esa car-

ne, yo quiero de esa carne," gritaba con tenacidad de borracho. Quiero de la carne de *Frufrú, Frufrú* y reía como un loco. En vano los criados le manifestaban que se había concluído. "Quiero de esa carne, repetía, del regalo del novio, algo debe de quedar para mí. ¿Entienden? algo. Yo lo pido, yo lo deseo; lo exijo, decía entre risueño y colérico.

Berta acabó por contraer los párpados, una lágrima asomó entre ellos y agrandándose, agrandándose rodó por su mejilla.

Domingo que había asistido á la escena se puso furioso, al ver llorar á su señorita; se acercó al esposo y le dijo: "si, *algo* queda y yo mismo se lo serviré". Calmado por esa promesa volvió á caer sobre su silla.

A poco apareció Domingo: sobre una rica fuente de plata traía la cabeza ensangrentada de *Frufrú*.

Y el novio miró atónito y embobado, la espléndida cornamenta que ante él se alzaba como terrible y muda predicción.

Aquileo J. Echeverría





Adelfas

I

Esforzado galán de la Esperanza,
á quien mi mente sin cesar invoca,
ayer rompí mi postrimera lanza
por sólo una sonrisa de su boca.

Burlóme la taimada sin clemencia:
hoy mirando con llanto lo que dejo,
en el barco fugaz de la existencia
de la Cirse fantástica me alejo!

En la lucha perenne de la vida
por una vaga sombra de quimera,
con rabia usé para vendar mi herida
el último jirón de mi bandera.

Ya la voz de mi espíritu cansado
á gloriosos combates no me llama:
soy un oscuro paladín cruzado
sin Dios, sin ilusiones y sin dama!

II

En dulce perspectiva que me place
tiende á mis ojos el pasado un velo,
cual luz crepuscular que se deshace
sobre un pedazo del azul del cielo.

¡Cuantas pobres imágenes sin brillo,
mas ornadas de rosas sin espina,
con ansiedad de soñador sencillo
nuestra mente allá lejos adivina!

Yo que llevo en mis ojos el espanto
de la mezquina terrenal historia,
recorro solo y con secreto encanto
el mundo sideral de mi memoria.

Allí el recuerdo su caudal renueva,
mientras el alma que sin fe resiste
en él con ansia y con deleite prueba
la enfermiza dulzura de lo triste.

JUSTO A. FACIO.

Marzo—1894.





Herminia Boza de Esquivel

YO comprendo bien que la creencia en los malos augurios carece de fundamento racional; pero es el caso que tiemblo ante cualquier minuciosidad supersticiosa. ¿Por qué se retrató *Herminia* y colocó su imagen en marco de oro en el más bello sitio de su salón? ¿Por qué testó, ella, que pensaba volver un mes después de su salida; ella, joven y feliz, á cuya pupila no osaban todavía llegar los rayos vacilantes del atardecer triste de la vida? Yo no sé; pero estos y otros detalles que presencié días antes de la partida de *Herminia* para Cuba, me hicieron temer algo desastroso en el vuelo del ángel hacia los palmares del Camagüey, cuna y patria de la joven esposa.

Las primeras cartas de *Herminia* ya fueron presagios funestos. Ella sintió la enfermedad á su llegada. No sabía la infeliz que llevaba dentro de su amoroso corazón el áspid de la

muerte. Su padre decía, refiriéndose á ella, que era un organismo como hecho de porcelana, y, en efecto, fué una víctima de su delicada salud. Ciertamente, aquella dama estimabilísima era por todo concepto ideal: su alma, tan grande, apenas sí tenía ligamen con el cuerpo: lucía así como se ven las estrellas en el azul, suspendidas tan sólo por un hilo misterioso.

Después, cada carta fué una nueva y más fuerte fatalidad. Recuerdo todos los esfuerzos de lógica que hacía yo para persuadir á mi amigo el señor Esquivel de que la enfermedad no ofrecía peligro y de que el malestar de *Herminia* era un accidente pasajero, del cual se restablecería muy pronto. Al terminar nuestras conversaciones se sentía él más tranquilo, más animado, con aquella esperanza, vaga é indeterminada, pero que al fin era una esperanza, un rayo de luz en la noche tenebrosa que se cernía sobre su cabeza.

Luego vino el cablegrama, el llamamiento urgente, la última noticia, que valía como un golpe de mazo, y la cual no podía desviarse con ilusiones ni envolverse con esperanzas. La muerte acechaba ya el lecho de la esposa, y era preciso verse con ella frente á frente y humillarse ante su estúpido poder.

Don Ascensión partió para Cuba.



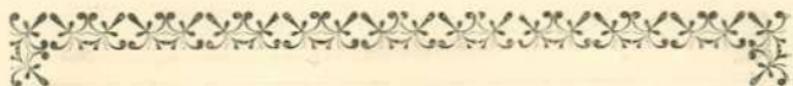
Sólo por conducto de mi amigo Luis Castro podía volver á saber de la suerte del estimable viajero, y efectivamente Luis me trajo la nueva dolorosa. *Doña Herminia de Esquivel* murió el 27 de febrero.

Quien, como yo, por una gracia de la fortuna, ha tenido el honor de tratar en la intimidad al señor Esquivel, puede valuar en todo su tamaño el desgarramiento cruel que ha debido sentir un corazón tan entero y un espíritu tan noble.

El último aliento de *Herminia* termina el poema de un hogar feliz y graba la primera estrofa de una tristísima elegía; pero, vencida la materia, rota la bella y quebradiza porcelana, queda en pie su recuerdo; lo que en ella había de puro, de noble, de atrayente; su gracia, su bondad, su alma, en fin; todo lo inmaterial, todo lo que no muere, está con nosotros, flota en el santuario de nuestras almas doloridas como un perfume grato, como una caricia delicada y consoladora, con esa beatitud serena y magestuosa de lo inmortal. En la tumba de *Herminia* jamás habrá flores marchitas, nuestras lágrimas caerán sobre ellas como un rocío vivificante.

M. ARGÜELLO de VARS





Go ahead

(BRINDIS)

Abrir de Atlante la anchurosa puerta
al comercio y la luz; ceñir de acero
al Ande abrupto y la región desierta
que las olas con eco lastimero
llegaban á besar inútilmente,
y luego al sol ardiente
arrebatar el rayo
para que raudó lleve el pensamiento,
y establecer un pueblo en el desplayo
que tiene de coral el firme asiento :
eso, al favor de sibilino hechizo,
lo pensó el gran Carrillo y Keith lo hizo.

Aquél fué voz de la genial grandeza
de nuestra raza aventurera y fuerte;
éste fué brazo, en quien naturaleza
puso ruda energía :
se alzó el titán y desafió á la muerte
y arrolló ante su paso la bravía
corriente torrencial, y la montaña
sondeó sin temor hasta la entraña,
y sus flancos hendió, y en el pantano
destruyó el miasma insano.

Oíd : los bosques cantan la proeza;
el mar repite la inefable hazaña,
y juntos, al valor y la grandeza,
cantan en lengua extraña:

Go ahead !

Rechina el carro sobre el riel de acero
transportando áureas pomas, y aromosos
granos de Arabia, y cuantos valiosos
productos da la industria al mundo entero;
y entre las antes vastas soledades
repite á las edades:

Go ahead!

Lleva el alambre el rápido mensaje
salvando las distancias infinitas,
con palabras de pláceme benditas
que son también al genio un homenaje,
y se oye por doquiera con orgullo
en gigante murmullo:

Go ahead!

La nave que de lejos llega al puerto
cargada de tesoros, y anhelosa
de llevar la riqueza portentosa
en cambio, del que ayer fuera desierto,
al llegar á Limón también resuena
con voz que el aire atruena:

Go ahead!

Y el pueblo que en redor la obra admira
del genio y de la ciencia, entusiasmado
á su Jefe y al hombre denodado
á quienes por su bien la gloria inspira,
doquier pronuncia con extraño acento
el mismo pensamiento:

Go ahead!

Limón, 18 de Julio de 1891.

JUAN F. FERRÁZ.





Flor silvestre

IBAMOS á almorzar á la montañita del frente, para lo cual debíamos salir temprano de la casa.

Desde las 7 se notaba ya la alegre animación de los preparativos. Las mujeres corrían trayendo y llevando, mientras los hombres ensillábamos las bestias.

La vecinita que me habían ponderado diciéndome que con todo y ser del campo era belleza distinguida, tardaba, impacientándome, pues tenía muchos deseos de conocerla. Por fin llegó. Me la presentaron: Elisa, lindo nombre.

Salió el carretón seguido de los de á caballo, que íbamos paso á paso para poder estar junto á nuestras compañeras. Iba en la puerta; así es que la podía analizar á mi gusto. En realidad era muy bonita.— Color y cutis preciosos; frente espaciosa, ligeramente inclinada hacia atrás; nariz griega; boca pequeña con labios delgados y rojos; barba menuda de curvas finísimas; pelo oscuro; ojos negros y brillantes.

Comprendió que yo la reparaba con insistencia y se fingió distraída; pero de cuando en cuando me miraba con aire de humilde inquietud como si pensara en el resultado del examen que le hacía mi vista.

Habló poco. Era la primera vez que se encontraba entre tanta *gente decente*, como llaman nuestros campesinos á las familias principales de la ciudad, y se encontraba turbada. Oía con cuidado la conversación y admiraba los detalles de aquel conjunto nuevo para ella.

Hija de un matrimonio de aldea, rico, pero nada instruído, había aprovechado unos pocos meses que estuvo en un colegio de San José para adquirir distinción en sus modales y delicadeza en sus gustos, sin que en ese tiempo se alterara en nada la pureza de sus sentimientos ni la ingenuidad de su alma cándida. No había aprendido á ser hipócrita ni coqueta, como les pasa á bastantes de esas pobres mariposillas á quienes deslumbra el brillo de la cultura y del placer refinados, concluyendo por quemarles las alas.

Estos datos y estas observaciones eran fáciles de adquirir y de hacer en aquel sér sencillo y trasparente como el cristal.

Almorzamos contentos y con buen apetito. La amable anfitriona comprendía que á su edad las personas, cuando pueden, deben darse gusto, y que á los placeres de la juventud deben suceder otros: el de la comida excelente, por ejemplo. La fiesta fué digna de esos principios.

Reinó entre los comensales la libertad cariñosa y expansiva que inspiraban el aire libre, los encantos del panorama y el buen vino tomado con discreción.

El murmullo del río y del viento, el silbido de alguno que otro pájaro que pasaba veloz ó saltando de rama en rama como asustado de nuestra presencia, la charla animada y bulliciosa en que se distinguían sonoras las risas de mujer, formaban un ruido agradable y extraño, especie de sinfonía cromática que nos servía de música.

Elisa estaba á mi lado. Pronto me tomó confianza; cosa muy natural dado nuestro carácter y el medio ambiente de aquel instante.

Después de dos horas, se propuso que subiéramos á la cresta del monte y la idea fué aprobada con agrado. Nos independizamos y nos fuimos adelante.

Tenía ahora una franca expresión de dicha juvenil. Sus pupilas húmedas y sonrientes ardían y el imperceptible vello dorado de sus mejillas encendidas reflejaba los rayos del sol. Era toda luz! Cuan-

do le daba la mano para ayudarla á subir sentía palpitante con fuerza la vida de su cuerpo joven.

Cogimos de camino flores y helechos, mientras hablábamos de las mariposas, de las vistas que nos presentaba el camino, de cualquier cosa: lo que necesitábamos era comunicarnos y todo nos parecía alegre y hermoso.

El metal de su voz había cambiado, era más suave, más lleno de cariño, á veces remedaba el de una chiquilla, otras era trémulo y pausado.

Cantaba á ratos bajito, levantando la cabeza como para envolverme con el fuego de sus ojos y con las notas cristalinas de su canción.

Llegamos á arriba. El sitio era delicioso. La vegetación tropical ostentaba todo el lujo de su vigor. Árboles inmensos de toda forma, constituían con su follaje el techo de aquel soberbio palacio rústico que parecía construído caprichosamente por uno de esos genios que forja la imaginación panteísta de los poetas para explicar los encantos de esta naturaleza querida. Había claros entre las ramas, que hacían las veces de ventanas para dejar pasar la luz, por donde se podían ver pedazos del azul diáfano del cielo. Hierbas de florecitas amarillas, azules y moradas con hojas pequeñas, redondas unas, otras en forma de corazón ó bien largas y delgadas, por entre las cuales saltaban curiosos ó corrían á esconderse insectos de mil clases y colores, servían de alfombra.

La tierra despedía un vaho tibio, impregnado de aromas que producía una sensación de agradable voluptuosidad, como si hubiera ocultos bajo los arbustos pebeteros de los que usan los orientales en sus alcobas. Caían de lo alto los hilos de los bejucos y enredadas en ellos, parásitas de flores raras y bellísimas, semeando cortinas japonesas, pero incomparablemente superior el trabajo de nuestra flora al de los artifices del país amarillo.

Allí en el centro se sentó Elisa reclinando sobre un viejo roble cubierto de musgos su linda cabecita. El cansancio agitaba las ondas sonrosadas de su seno

sobre las cuales lucía como un copo de espuma el encaje albo y finísimo de su chaquetilla.

Nunca creí encontrar en Costa Rica, fuera de San José, un perfil más á propósito para el medio relieve de un medallón.

Me hablaba con confianza, con afecto, como si siempre nos hubiéramos conocido, exponiéndome sin rodeos sus pensamientos, varios de los anhelos de su corazón. En ella se manifestaban todas las ternuras de la mujer, pero con una sinceridad desconocida para mí. En su modo de hablar había incorrecciones, en su modo de pensar extravíos, tenía ideales tan sencillos que me hacían sonreír. Pero todo eso era tan fácil de remediar! Valía tanto la pena acabar de pulir las facetas de aquel diamante!

Ya era hora de regresar. Una de mis amigas traía un ramo en la mano. Para que se lo lleve esta noche á su novia, me dijo, y me lo dió.

Cuando Elisa oyó esto me miró con fijeza como interrogándome y como me quedase callado, bajó la vista y no me volvió á dirigir la palabra.

Perdió su rostro la expresión de dicha y alegría que tenía antes y su voz aquel timbre que había hallado tanto eco en mi alma.

La vuelta fué triste. Ni una sola mirada en todo el camino.

Como á las siete me despedí de aquella hacienda en que había pasado tan buenos ratos y atesorado tantas impresiones.

Ella me acompañó hasta la puerta; cuando la volví á ver por última vez me encontré con sus ojos negros y brillantes que me parecieron apesarados por tener que decirme adiós.

Fatuidad mía, tal vez!

G. MARTÍN C.





Margot

A Emilio Pacheco C.

LA niña gentil y fresca como la azucena bañada por el llanto de la noche; la sin par Margot, de ojos chispeantes y picarescos; la muchacha más alegre y salerosa de todo el pueblo, esa, esa es Margot.

La que llamaban la andaluza por sobrenombre y á quien los corrillos de los guapos mozos, que se forman en las esquinas, le gritaban, con sombrero en mano, cuando iba á misa con su chal de seda: ¡Viva tu gracia! ¡Viva tu sal! ¡Bendita sea tu madre, hija del cielo!

Cómo le gustaba á la bella Margot verse cortada y que la llenasen de piropos, que escuchaba con afectado rubor, metiendo su encantadora carita entre sus pequeñas manos y dejando entrever por los rendijas de sus dedos, su blanquísima dentadura. Con qué placer nos recibía en su casita blanca de campo, con jardines al rededor. ¡Ah! Qué cortas se nos hacían las horas á su lado, charlando y charlando y á veces jugando á la sortija, ó contando cuentos, su diversión predilecta! Cómo nos atraía con su carácter dulce y afable! Porque, eso sí, sencilla como un niño; pero con el más refinado *esprit* parisiense y con todo el donaire de las sevillanas.

A menudo se quejaba de ser pobre y de no pò-

der vivir en la ciudad. Se dolía de no poder alternar con la gente noble ni visitar las salones ricos; de no poder ir á los bailes de palacio, ni á los *soires* de la señora tal, ni al teatro, ni á ninguna diversión de lujo. Amanecía triste y pensativa. Oh! Qué romántica nos parecía entonces! Dejaba de ser andaluza: semejábase más bien á una de esas *Lady* infatuadas, de semblante amargo y trato austero. Pero entonces se iba corriendo al jardín y se ponía á hablar con las flores, que ella llamaba sus amigas íntimas, las de sus dulces confidencias, y les decía: "No, yo no os abandonaré jamás. Yo os prefiero á vosotras, amigas de mi alma, que nunca me dais en que sentir. Os prefiero á los salones alfombrados, á los tocadores flamantes, á los bailes, á todo, á todo; nunca os abandonaré." Luego volvía consolada, y del mismo buen humor acostumbrado, con un cesto en la mano, rebotando de flores, con las que adornaba un altar muy cuco, donde tenía colocada una virgencita de plata, la que llamaba también su otra amiga íntima. Después se dirigía donde cada uno de los tertulianos y les iba poniendo en el ojal de la solapa un heliotropo, un clavel ó una rosa. Luego que concluía, decía: "Ya estoy contenta otra vez; disponed de mí. Qué queréis que juguemos? Queréis que narre un cuento de los míos?" Y se arrellenaba en su linda poltroncita de junco.



Margot era más aficionada á los cuentos que á otra cosa. Siempre nos contaba alguno nuevo y nos encargaba libros. Le gustaban los de *illo tempore*, como decía ella, frunciendo sus provocativos labios. Los de reyes magos, los de príncipes seductores en sus torres de marfil, los de encantos, los de brujas, duendes, y en fin todos los de creación maravillosa. Se sabía de memoria "Las mil y una noches." Últimamente estaba leyendo el libro de Darío. Decía que estaba fuertemente impresionada con la lectura del

Pájaro Azul; que no podía menos de ponerse triste y que ya talvez nadie le devolvería la alegría; ni las flores, ni su virgencita de plata; y que iba á morir de desesperación!



Todos ignorábamos el cambio tan rápido de Margot. No sabíamos los efectos que pudo haber producido en su interior la lectura del cuento azul. Estaba pálida y ojerosa. Sus ojos volcánicos y voluptuosos, llenos de fuego y travesura, se habían tornado en mansos y lánguidos.

Un día vino de misa con el rostro encendido y la mirada viva. Estábamos en su casa esperándola con impaciencia porque ya tardaba. Entró corriendo; nos saludó á todos con una sola cortesía, dándonos un buenas tardes, señores, tan expresivo y coqueto que nos hizo entrar en malicia. Esos colores y esa alegría de haber ido á la iglesia, no más, nos daba en que pensar. Uno de nosotros le preguntó que á que se debía tanto regocijo. Entonces ella, turbada, nos hizo acercarnos á su lado y comenzó diciendo: "No os aflijáis más por mí, ni por mi salud, queridos amigos. Ya estoy curada, me siento buena. Hoy me han devuelto mi alegría, mi buen humor, mi felicidad, se acabó la tristeza. Todo esto lo decía dando brinquetes en la silla.—¡Ah! pero voy á contarles en lo que consistía mi enfermedad, que á ninguno de ustedes quise revelarles. Pues . . . nada . . . que yo . . . —y todos, oído atento,—que yo . . . ¡ay! me da tanta vergüenza! Tengo un novio! ¡ya lo dije! Sí, un novio muy guapo, á quien vosotros no conocéis y del que no tenéis ni la menor idea. Pues bien, os lo voy á confesar todo, en dos palabras. Me impresioné tanto con la lectura del Pájaro Azul, por que mi novio hace versos y porque es pobre como Garcín. Yo creía que mi novio tenía otro pájaro azul en el cerebro que le atormentaba y . . . ¡desgraciado! no quería pensar lo que iba á suceder; además, te-

nía miedo que me lo robaran las musas ó me lo hicieran infiel, porque dicen que los poetas no quieren á nadie. Desde luego comprenderéis que estoy locamente enamorada y que esto me mortificaba profundamente. Pero ya está todo arreglado, le he prohibido hoy, á la salida de misa que vuelva á hacer versos, y él me ha jurado cumplir mi súplica. A mí me gustan mucho los versos; pero que los haga otro, mi novio nó. Con que ya estáis enterados de todo, y aquí me tenéis nuevamente jovial, sentada en mi poltroncita de junco. Disponed de mí, ¡ah! Una cosa Una gran noticia: tal vez me case pronto!

*
* *

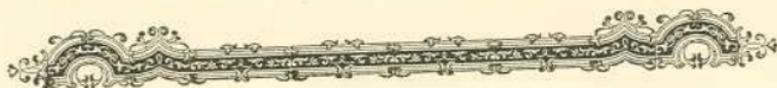
Dos meses después, cuando Margot cumplía dieciséis años, estando en la celebración de su natalicio, había recibido suntuosos regalos de todos sus amigos. Sólo faltaba entre los regalos el de su novio, y entre los festejantes, él. No visitaba la casa; le estaba prohibido. Cuando casi al terminar la fiesta recibió Margot un ramo de lilas blancas, del cual pendía una tarjeta, cogió el ramo en sus manos, lo llevó á sus labios delicadamente y después fijó la vista en la tarjeta. Estaba escrita en verso. Se estremeció, hizo un gesto de improbación. Los semblantes cambiaron de color. Todos pensaron que la cándida Margot se volvería loca con tan rudo desengaño, pero no; arrancó enfurecida la tarjeta del ramo; la hizo mil pedacitos, y lanzó al aire una estrepitosa carcajada!

¡ Pobre poeta !

A. Luján.

Marzo de 1894.





Crónica

OTRO HIJO DE THEMIS—SEMANA SANTA DUELO

I

El domingo de Ramos lo fué de laureles para el inteligente Melico Echeverría. A la una de la tarde, previas las ritualidades correspondientes, el Colegio de Abogados lo incorporó á su seno. Inútil es decir, por saberlo todo el mundo, que el joven Doctor en Jurisprudencia satisfizo con creces las exigencias legales para recibir la investidura de Abogado de la República. A Melico, rigurosamente hablando, le sobra el título, á diferencia de otros muchos colegas suyos, que padecen *anemia científica*.

¡Que coseche buenos lauros el amigo Echeverría!

II

Llegó por fin, con el acostumbrado prelude de palmas, la semana mayor, la de los trajes nuevos y ceremonias viejas. La burrita del Señor del Triunfo, como siempre, hizo perfectamente bien su legendario papel de porta-dios. Mentira! En este acto me informa Zizí de que no hubo tal burra.

Dejemos en blanco lunes, martes y miércoles santos, pues tales días no valen, hablando en plata, la pena de entrar en una crónica seria, como ésta. (Diga-

mos que es seria, pues si lo omitiéramos no se adivinaría.)

Vienen ahora jueves y viernes santos, días de los desocupados, por más que los calendarios no hacen esa observación astronómica. No nos explicamos por qué no bautizan con los nombres de esos grandes días á muchos vagabundos que gastan otros nombres de personajes activos, por ejemplo, Bailón. Pero, en fin, no hay que darle vueltas, como dice *mi amigo* J. M.^a de Pereda.

Una de las cosas que más nos llaman la atención en la liturgia católico-romana es la Verónica. Esta señora, en vez de limpiar rostros divinos, de seguro que haría una buena obra de caridad é higiene dedicándose á asear bastantes caras humanas que necesitan de largas abluciones. Pero ¡quién diablos nos mete á nosotros en estos berengenes!

Crísto, el filósofo simpático, el hombre-Dios, el valiente (aunque célibe fué), á más de sufrir las persecuciones y maltrato de los judíos (al fin “de familia desgraciada”), es la imagen verdadera del infortunio, pues ni ahora que en el cielo está-Dios primero-deja de ser puesto en ridículo cada año, por la cuaresma. *¿Quosque tandem, ah brutos. . . . ?*

Mas este párrafo se prolonga demasiado, y hay otras cosas importantes de que hablar.

III

La noble esposa del señor Licenciado don Ascensión Esquivel, doña Herminia Boza, ha dejado de existir. La sociedad costarricense, que tanto la estimó, ha sido amargamente sorprendida con la noticia. Nosotros sentimos muy de veras el desaparecimiento de tan virtuosa dama, y enviamos sentido pésame á sus apreciables deudos.

También lleguen nuestras muestras de honda condolencia á la familia tan estimable de doña Virginia Bonnefil de Jiménez, respetable y digna matrona que falleció el domingo de Gloria, dejando en pos de

sí una estela brillantísima: su numerosa y distinguida familia.

Tenemos igualmente que lamentar la muerte de la señorita Salvadora Gutiérrez é Iglesias, dechado de virtud y maestra queridísima de casi todas nuestras jóvenes. ¡Que Dios acoja en su gracia á la estimabilísima finada.

Au revoir!

EL CRONISTA SUPLENTE



CUARTILLAS

Revista quincenal



CONDICIONES DE VENTA

Trimestre..... \$ 2-00
Número suelto..... 0-50

Pago adelantado

Administrador,

ANTONIO FONT

6^a Avenida E., N^o 39

San José, C. R.